

COSAS DE ALDEANOVITA: De la íntima relación del juego del *truco* y Aldeanovita.

Juan José Fernández Delgado

¡Bendita y siempre sea alabada la curiosidad que nos sirve para calmar, momentáneamente, las insaciables ansias de saber, a pesar de que cuanto más sepamos más ignoraremos! Se trata de esa curiosidad que siempre está al acecho, con el oído atento y el ojo avizor, de la que no permite morderse la lengua cuando se ha de preguntar algo que desconocemos y ha traído la conversación de manera gentil, o la almohada mientras el sueño se hace el remolón, o cuando uno se pierde con la monomanía de sus pensamientos...

Hace, ¡ay!, muchos años, cuando hacía un trabajo sobre el habla de Aldeanovita y sus “cercanías” y pregunté a los hombres mayores, que eran, a su vez, la principal fuente de información para mi trabajo con valor de tesina, cómo había llegado el juego del *truco* a Aldeanovita, y cómo fue posible que estuviera tan arraigado entre el género masculino.

-Además, -les dije, creo que nacemos sabiendo jugar al *truco*, porque yo no recuerdo haber aprendido las reglas, ni he visto a los muchachos atareados en aprenderlas. Jamás. ¡Y todos jugamos! Y el que todos juguemos –unos mejor que otros, claro-, y lo sintamos tan nuestro es otro de los signos que marcan la distinción entre la gente de Aldeanovita y la de sus alrededores. Me apresuro a decir que esta distinción no siempre es buena ni deseable. Pero es así, ¿qué le vamos a hacer? Y como es tan nuestro este entretenido juego, tan particular este hecho, me he propuesto exponer en voz alta, entre veras y bromas, que el Ayuntamiento, sea cual fuere, debería *becar* durante todo un largo otoño popular a seis u ocho hombres curtidos del pueblo y distribuirlos, luego, por parejas en los pueblos colindantes con la honorífica encomienda de enseñar a los hombres de La Estrella a jugar al *truco*, y a los de Fuentes, y a los de la Nava y Gargantilla. Los gargantillanos, su vez, enseñarían a los de Sevilleja. También dejaría la correspondiente pareja en La Mina y en Puerto Rey; por la carretera de la Loba llegaría hasta el Puerto y allí se bajaría de la furgoneta otra parejita que, muy bien, podía estar formada por mí mismo y por mi amigo *el burgués*. ¡Y cómo íbamos a dejar a Mohedas sin saber a jugar al *truco* si fue mohino el hombre que lo introdujo en nuestra Aldeanovita, Aldeanovita la bien nombrada, como verá quien leyere!

Pero antes de relatarlo, diré también que se me ocurrió establecer una multa popular que yo mismo sería el primero en pagar. Verán: en una de esas monomanías que traen los kilómetros cuando se hace una ruta larga, pensaba en que al ser este juego tan nuestro, únicamente nuestro entre los anchos alrededores que nos circundan, deberíamos procurar que no se perdiera esta tradición, tan lúdica como inteligente. Para ello, cada aldeanoviteño (aquí caben también las mujeres) casado con gentes de otras latitudes debería, por razón de ley lugareña, instruir a su cónyuge (no hacen falta razones matrimoniales) en el muy noble e histórico juego del *truco*. Y como yo mismo aún no he enseñado a mi amada esposa lo que es “una flor” ni la seña del as de bastos o el significado del cabeceo, ni otras interioridades del juego, debería abonar esa multa o estar entre los primeritos en pagarla, para predicar con el ejemplo y para que cuantos paisanos estuvieran en la misma circunstancia empezaran ¡ya mismo! a instruir a sus respectivos cónyuges. Que tienes novia forastera, *truco* que te crió después de comer, o por las tardes aburridas de los domingos; que ya llevas años casada con un fuereño, ya lo sabes: aprende a jugar al *truco* esta Semana Santa y luego, a enseñar al marido... Sí,

habría que fijar un plazo para que todos enseñáramos a nuestros respectivos cónyuges a jugar al truco... Y si no se cumple, ¡a pagar!

Pues bien; una de aquellas tardes en que me juntaba con los hombres mayores en la cocina de la Julia *Chichera*, -¡qué tiempos aquellos en que aún se ignoraba que la vida iba en serio!-, para atender a su habla, expresiones y vocabulario, (eso sí, con mucho cuidado de que no me vieran hacer anotaciones en la libreta que para la ocasión llevaba) y estudiar todo ello después en “los madriles”, la curiosidad me impulsó a preguntarles por la relación tan íntima de Aldeanovita y el *truco*:

-¿Saben ustedes cómo ha llegado el *truco* a Aldeanovita? ¿Cuándo llegó? Debe haber hecho mucho tiempo, porque era niño y recuerdo ver a los hombres -tío *Canario*, tío Antonino, tío *Escribano*, tío *Jaramago*, tío Maximino, etc.-, jugar al *truco* en el ancho espacio *del frontón* los domingos por la mañana.

-Ya ves. Eso que dices para nosotros fue ayer *mesmo*. Yo mismo he jugado con ellos muchas veces -dijo Rafael *Molla*.

-Y yo también -dijo Claudio *Canete*. Lo de jugar en el frontón fue *antiel*, como quien dice.

-Y tos nosotros cuarenta veces -cerró Conrado, que había hecho la guerra *del noventa y ocho* en Cuba.

-De acuerdo, pero no me responden a lo que pregunto.

-Pues, pa que te enteres. Lo *trujo* Crispín, el marido de la Josefa *Granaera*, de La Argentina antes del 15.

-¿Cómo antes del 15?

-Sí, antes de 1915 -dijo claramente Conrado, a pesar de su tartamudeo.

-Ése fue, sí, el que lo *trujo* y nos enseñó a todos en su taberna, allí en la plaza.

Y en el hilo de la conversa, me enteré que el tío Crispín se había ido a Argentina con otros seis u ocho del pueblo en 1909. Después he averiguado por qué se fueron, y es necesario que lo cuente para esclarecer en toda su extensión el origen oscuro de este juego y su íntima relación con el pueblo.

Resulta que Crispín, y los que con él se embarcaron en 1909 para Buenos Aires, era de la quinta del 1902, año en que hicieron mayor de edad al rey Alfonso XIII cuando aún no lo era, y todos los quintos de España de ese año fueron liberados del servicio militar. Y se casaron, y tuvieron varios hijos y tenían previsiones de futuro, y, y... Mas, resulta que en 1909, se inició la guerra contra los moracos del norte de África y el Ministerio de la Guerra, necesitado que se vio de gente soldadesca, dio en llamar a los reservistas hasta que llegó a nuestro Crispín y los suyos. Y éstos, como otros muchos, se adueñaron de un nombre falso -Crispín por el de Isidro, por ejemplo-, pusieron pies en polvorosa, se acercaron andandito hasta Cádiz y se embarcaron hasta Buenos Aires, donde les esperaba gente aldeanoviteña. Y trabajando en la inmensa Pampa, donde las perdices alcanzan el tamaño de los pavos del tío *Manolo* y las liebres son mayores que los galgos que las persiguen y acosan, estuvieron varios años, los suficientes para que el dichoso ministerio se olvidara de ellos, aunque, es verdad, la identidad de tío Isidro ya no se apeó del elegido *Crispín*.

-Y cuando vino Crispín, puso taberna, y allí aprendimos a jugar al *truco*.

-Pero hay algo más. Has dicho varias veces que este juego es “mu d,aquí” -no recuerdo quién lo dijo.

-Sí, eso he dicho, y no creo mentir, porque todos sabemos jugar.

-Pues te diré que Crispín no es de este pueblo.

-¿Qué no es de Aldeanovita?

-No señor, que es de *Muhedas*.

-Vamos, que uno de Mohedas introduce el juego en Aldeanovita y deja a sus paisanos en blanca.

-Es que ya estaba casado con la Josefa y no iba por *Muhedas* más que de higos a brevas.

-¡Vaya, por Dios, de lo que acabo de enterarme!

En estos momentos de la historia, la curiosidad podía darse por complacida, por satisfecha. Pues no, no fue así, y un día comentando esta historia que vengo relatando, alguien dijo que Federico García Sanchís, afamado charlista valenciano y miembro de la RAE que recorrió numerosas veces toda Hispanoamérica dando conferencias sobre Cervantes y **El Quijote**, sacaba a relucir en todas y cada una de ellas a nuestra Aldeanovita y a sus gentes. Y siendo de Valencia, me he preguntado muchas veces, ¿cómo llegarían hasta él noticias de este pueblo *seco y avellanado*? Y hablaba del espíritu emprendedor y aventurero de nuestra gente, de su valor e inconformismo. Decía que gentes de Aldeanovita habían descubierto varias islas por aquellas latitudes de “tierra caliente”, y que habían introducido la moda del sombrero de ala ancha, con lo que significa en todo el continente, especialmente en Méjico... Y decía mucho más: señoras y señores, esta gente de Aldeanovita, nombre con el que ya aparece recogido nuestro pueblo en el mapa de la diócesis toledana del siglo XVII que mandó hacer el cardenal Portocarrero, llevó a La Argentina el juego del *truco* que, como bien saben todos ustedes, ya juegan los gauchos en la Pampa en el siglo XIX, como se lee en el **Martín Fierro**, poema nacional argentino...

Así pues, sin saber cómo llegaría este juego de origen árabe a nuestra Aldeanovita, si damos crédito a las afirmaciones de este egregio valenciano que tiene un parque dedicado en El Toboso, gentes aldeanoviteñas descubrieron islas en el otro mundo, se pasearon con el sombrero de ala ancha por todos los rincones del cono sur hispanoamericano y, lo que ahora importa, llevaron el juego del *truco* a Argentina y lograron injertarlo con tanta energía y tan buen hacer que se ha convertido en juego nacional por antonomasia.

Por tanto, como la curiosidad nunca duerme, jamás ha de dormir, he revisado los libros del Archivo de Indias (S. XVII) y he descubierto dieciocho hombres con apellidos muy nuestros procedentes de Aldeanueva (Toledo) que, no falto de razón, supongo que se trata de nuestra Aldeanovita, porque cuando se refiere a Aldeanueva de Barbarroja, así se hace constar. Estos hombres serían nuestros primeros emigrantes, disconformes con la pobreza del terreno bronco que en torno al Pedroso trota entre peñascos y pizarras. Ellos llevarían el juego del *truco* y lo injertarían en Argentina. Con el discurrir de los tiempos, allí se implantaría con tanto vigor que es el juego nacional, como antes decía; aquí, en casa, por el contrario, el tiempo no daría para juegos y se perdería la costumbre árabe de jugar al *truco*. Y llegó el retorno de Crispín hacia 1915, y con él el ameno e inteligente *juego del truco* al lugar del que partió, provisto de una pujanza tan renovada que también se ha asentado como juego aldeanoviteño entre todos los demás, que no hace falta olvidarlos, claro. Sí, de Aldeanovita partió hacia Argentina en el siglo XVII; allí se implantó como juego nacional y en el pueblo se perdió la costumbre de jugar al *truco*. En la segunda década del siglo XX tío Crispín lo reinjerta, como antes hicieran los árabes, y se convierte en nuestro juego preferido e identificador.

¿Acaso, no merece que lo exportemos por los pueblos de alrededor y que establezcamos campeonatos con la región de Valencia, donde se juega tal como lo hacemos nosotros, pero sin la jugada de “la flor”? ¡Qué bien estaría jugar al *truco* con cualquier argentino que llegue al pueblo! ¿Y no merece la pena que enseñemos a nuestros cónyuges a jugar al *truco*? ¡Claro que sí!